

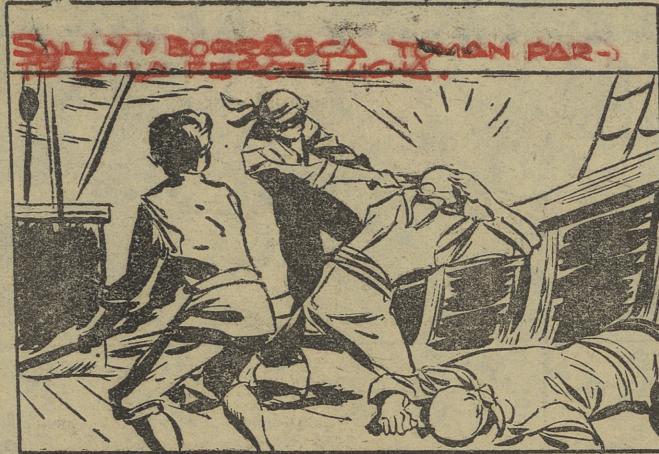


SALLY Y LOS PIRATAS

EL CAPITAN BORRASCAS NO VISTE CON SUS OJOS SE LANZA AL ABOL DABE.



LOS PIRATAS SE DEFIENDEN TENAZMENTE. SABEN QUE EN ELLO LES VA LA VIDA.



SALLY Y BORRASCAS TOMAN PRISONERO A UN PIRATA.



¡AH, DIABLILLOS, VENTID AQUI! MIRAD QUE OS VAN A MATAR!



¿VE BORRASCAS HAS VISTO AL VIBORRASCOS?

NO LO HE VISTO POR NINGUNA PARTE.

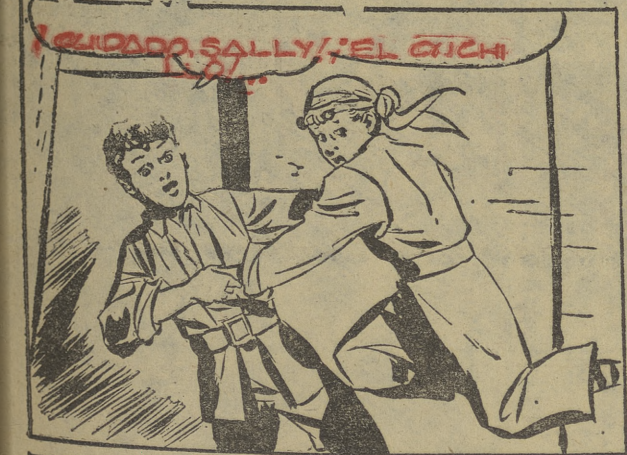


VAMOS A BUSCARLO. QUIERO PROBAR ESTE GARROTE EN SU CABEZA.

UNO DE LOS PIRATAS REPARA EN SALLY Y BORRASCAS.



ESOS DOS MOCOSOS VAN A PAGAR LOS DÍAS DE LOS BOTAS.



¡CUIDADO, SALLY! ¡EL GUCHI!



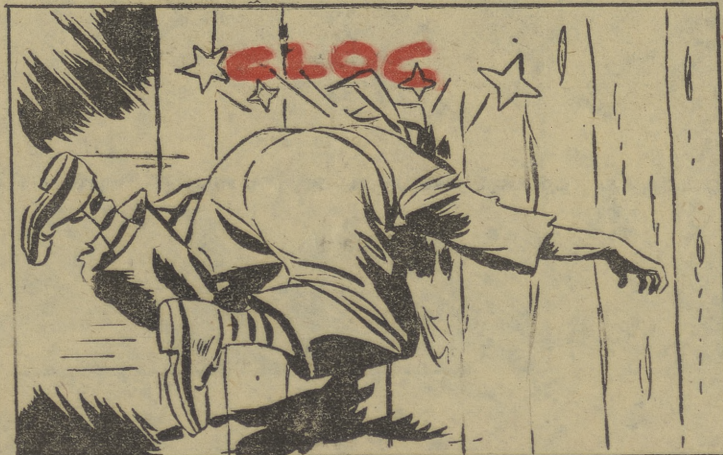
¡OOOOH!



¡AHORA VERES!



¡SPARTA, SALLY! ¡SE NOS VA LA ENCHINA!



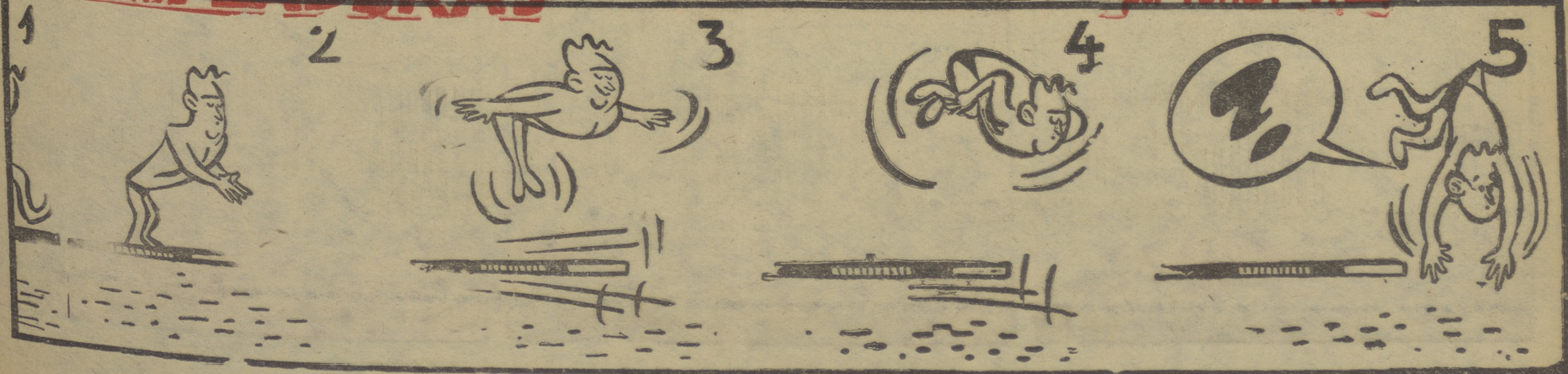
¡GLOC!



¿SE VA TIENE LO SUYO... CON NUESTROS, BUSCANDO AL MURDIDOR!

CHIFLADIRAS

por TUNET VILA



CHISPA

V. Ramps



¡NO PODEMOS HUIR, "RAYO DE LUNA" ESTA HERIDA!

¡MORIREMOS APLASTADOS!



¡POR AQUÍ, PRONTO!



¡MALDICIÓN, LA SALIDA ESTA OBSTRUIDA!

¿QUÉ PODEMOS HACER?



NOS HE-MOS SAL-VADO DE MILAGRO.

YA HA CESADO EL DES-PRENDIMIENTO, PERO ESTO SE ESTA LLENANDO DE AGUA Y ESTAMOS ENCERRADOS SIN SALIDA POSIBLE.



POR ESA PARTE EXISTE UN POZO DE VENTILACIÓN, SI LO DESCUBRIMOS QUIZA NOS SALVEMOS.

¡MANOS A LA OBRA!



¡ANIMO!



¡AYUDADME A QUITAR ESTA ROCA!



¡LUZ! ¡LUZ!



ME PARECE QUE NO HEMOS ADELANTADO GRAN COSA, VA A SER IMPOSIBLE LA ASCENSIÓN POR ESTE POZO.

Y EL AGUA SIGUE SUBIENDO DE NIVEL.



QUIZA PODEMOS AYUDARNOS UNOS A OTROS.

¡OTRA VEZ VOS-OTROS!



¡QUIETOS! SI NOS PONEMOS DE ACUERDO, PODREMOS SALVARNOS. CON TODOS LOS CINTOS Y CORREAS SE PUEDE CONSTRUIR UNA ESCALA LO SUFICIENTE LARGA PARA TREPAR A LA SUPERFICIE ANTES DE QUE NOS AHOGUE EL AGUA.

ANTE LA SITUACIÓN TAN DESESPERADA, NUESTROS AMIGOS ACCEDEN.



ESTO ESTA YA TERMINADO

JACK ARROJA LA IMPROVISADA ESCALA, QUE SE ENGANCHA EN UN SALIENTE RO-COSO.



PUNTUALIDAD



¡SON YA LAS DOCE Y MEDIA! ¡FALTA AÚN MEDIA HORA!



¡SOLO FALTA UN MINUTO!



¡CLAVADO!... ¡NO AGUANTA EL HAMBRE UN MINUTO MAS DE LA UNA!



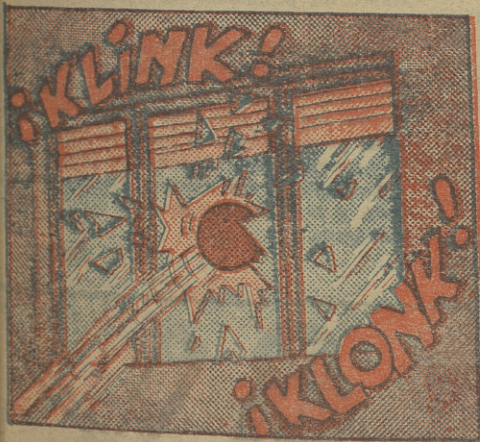
AMENIDADES

Suplemento infantil de LA VOZ DE CASTILLA



Núm. 9

PAQUI



GUTMO

por A. FIGUERAS



Lebon y Joyce eran los únicos tripulantes y dueños del «sky». Se dedicaban al transporte entre las islas del gran Océano y aunque no hacían grandes negocios vivían felices con lo que ganaban, siempre suficiente para comer decentemente y beber en cualquier puerto donde atracasen.

Joyce recordaba con frecuencia su tierra natal, a veces la nostalgia le hacía asomar una lágrima furtiva, que no llevaba a resbalar, secándose en sus ojos con los recuerdos. No era realmente la amistad lo que le unía a su compañero, era más bien la amargura lo que les hacía tolerables, aunque por causas muy distintas. Lebon era frío, calculador, insensible.

En Townsville les salió un viaje largo y remunerador. Lebon fué a ultimar detalles, mientras Joyce preparaba el «Sky» para la travesía. Arreglaba algunos cables de popa, cuando un ensordecedor griterío le hizo levantar la cabeza y dirigir su vista a un barco velero anclado a pocos metros del suyo. Sobre la cubierta de éste se desarrollaba una escena espeluznante: varios marineros golpeaban con palos a un pobre negro de unos diez años, que apenas se movía, teniendo el cuerpo cubierto de sangre y moleduras. Uno de los energúmenos cogió al negrito en vilo y como si fuera un pelele lo arrojó con fuerza al agua; el muchacho comenzó a hundirse sin hacer el menor esfuerzo por salvarse. Acto seguido, los marineros hicieron otro tanto con un mono y, entre grandes risotadas, contemplaban el espectáculo. Joyce no lo pensó más, dió un formidable salto, zambulléndose en el agua; nadó vigorosamente hasta el mástil y, cogiéndole con fuerza, lo llevó a su embarcación ante el asombro de los del otro barco. Lo depositó sobre la cubierta y le friccionó para restablecer la circulación; el negro se le quedó mirando fijamente, como si le reprochara el haberle salvado de la muerte; poco después hacía su aparición el mono, que se acurrucó junto a su amo.

—¿Cómo te llamas?

—Sam Boy.

—No querrás volver junto a tus compañeros, ¿verdad?

El negrito se encogió de hombros, indiferente.

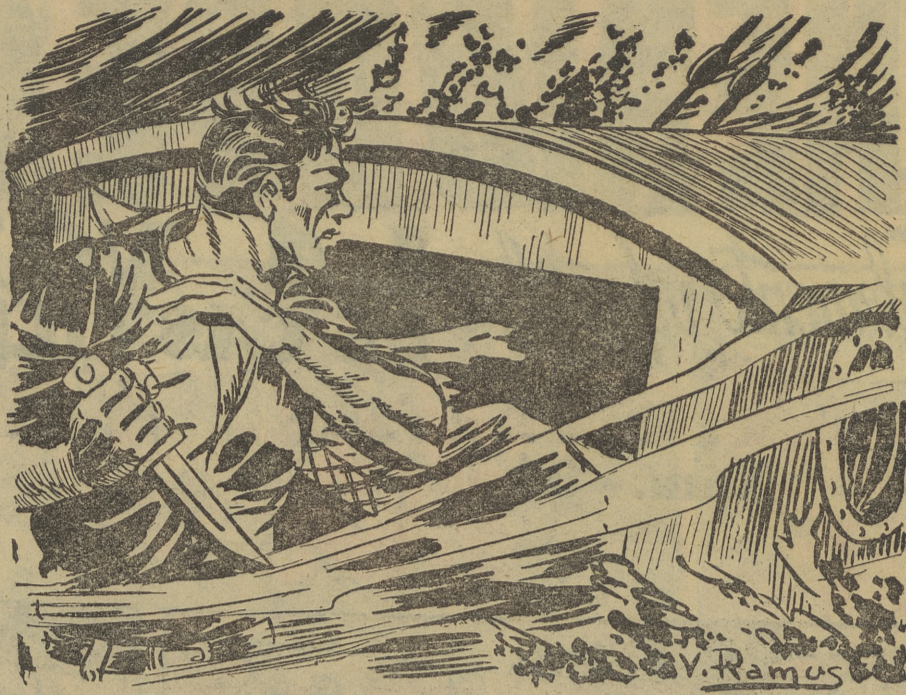
—Bueno, te quedarás aquí en calidad de grumete.

Joyce no habló más, ni tampoco hizo mención alguna sobre el mono, que no se apartaba de Sam Boy.

Al regresar Lebon, vió al nuevo tripulante, que no le hizo la menor gracia, y fué a pedir explicaciones a Joyce.

—No me gusta más gente a bordo, y

Drama en alta mar



menos a un negro. ¡Odio a los negros!

—No encuentro el motivo.

—Los negros traen mala suerte. Hicieron bien en arrojarlo al océano, que era su sitio.

Joyce se puso serio y tuvo que responder ásperamente.

—Estás ofuscado, Lebon. No podemos dejar morir a este muchacho como si fuera poco menos que un perro.

Ya no se habló más del asunto en todo el día. El «Sky» se hizo a la mar, adentrándose en el dilatado océano, quedando solo, rodeado por él y sin otro horizonte que no fuera su azulada espuma.

La vida a bordo no transcurría normal como otras veces. Lebon procuraba evitar todo contacto con Sam Boy y evadía su presencia; en cambio, Joyce había simpaticizado de tal modo con el negrito, que ya sentía por él un cariño fraternal. Siempre andaban juntos, hablaban mucho, reían y cantaban, cosa que apenas hacía antes. Lebon se encerraba cada vez más en sí mismo, distanciándose de Joyce conforme pasaban los días.

En una ocasión, Sam Boy tiraba de unos

cables fuertemente, tensándolos; un bandozo le hizo perder el equilibrio, soltando el cable, que fué a dar un trallazo en las espaldas de Lebon; éste se revolvió furioso y mal lo hubiera pasado el negrito si Joyce no interviene a tiempo. Aquel incidente motivó una acalorada disputa entre los dos hombres, acabando en un rencor mutuo, difícil de extinguir, y más, sobre todo, en Lebon.

Una noche muy oscura se desencadenó una terrible tempestad, que amenazaba con hacer zozobrar a la pequeña embarcación. Gigantescas olas barrían una y otra vez la cubierta del «Sky», llevándose el cargamento y ocasionando grandes desperfectos. Lebon, aferrado al timón, maldecía y blasfemaba como un poseído, achacando aquella inclemencia del tiempo a un extraño sortilegio que tenía Sam Boy para atraer las desgracias. En verdad, aquella tempestad rebasaba e cuantas había conocido en su vida marinera. Joyce se retiró a su camarote a descansar para luego relevar del gobierno de la nave a su compañero.

La tempestad aumentaba de intensidad y Lebon, agarrado como un loco al go-

bernal, veta con terror como la nave se hundía a veces hasta parecer que saltaría ya a flote, o como otras era lanzada al aire igual que un juguete, peligro de estallar en mil pedruzcos. La idea se apoderó de su mente, que le ocasionó hasta convertirse en pesadilla porzante. No pudo resistirla más, era ya una obcecación más poderosa que su voluntad; ató el timón y como un ebrio se rigió al camarote que ocupaba Sam Boy. De una patada abrió la portezuela y salió. Allí estaba, tendido en la litera, a la ocasión... se acercó despacio y alzando el brazo; con el destello del relámpago, aguró varias veces el cuchillo, que se hundió en aquel cuerpo. Envolvió con una manta el bulto inanimado y con risa del demente lo arrojó al mar negro, viendo como se hundía en los abismos formaban las olas.

—¡Ya no traerás más desdichas! ¡Ja, ja! ¡No sabes cómo te odiaba, maldito negro!

El asesino se volvió al timón con una sonrisa demoníaca; al llegar a él no pudo reprimir un grito de terror... Ante él, se elevaba la figura de Sam Boy que le miraba fijamente! Lebon retrocedió horrorizado por la visión; con las manos hacia adelante y los ojos muy abiertos, iba dando traspiés, que le hacían caer; en seguida se volvía a levantar, continuaba retrocediendo buscando un asidero que le mantuviese ante aquella tasma; dió otro traspié y esta vez cayó en el vacío que le atraía hacia abajo insistentemente.

Joyce apareció sobre cubierta y se rigió al timón, encontrando junto a él a Sam Boy como paralizado.

—¡Oí un grito! ¡Qué ha ocurrido!

—Señor Joyce, es algo terrible... El señor Lebon entró en mi camarote, me dio un cuchillo y mató a mi mono, que estaba sobre la litera, y después lo arrojó al mar. Yo quise preguntarle por qué lo hizo y al verme se asustó y fué retrocediendo hacia la borda...

Sam Boy calló, la congoja no le dejó articular palabra, Joyce advinó el resultado, cogiendo por un hombro al pequeño y dió unas palmadas cariñosas para tranquilarlo.

La tormenta fué calmándose y el mar no ya no se agitaba furioso, mientras allá, por el lejano horizonte, aparecía un nuevo mundo que hizo borrar las tinieblas, y, con ellas, el peso de acibar dejara en unos corazones la pasión enfrenada de un hombre. La luz iluminó todo y el astro rey se dejó ver de las aguas.

V. RAMOS

El chiste de la semana



—Siga un consejo, joven: no juegue con el agua, que puede ahogarse.

CRUCIGRAMA NUM. 9

	1	2	3	4	5	6
1						
2						
3						
4						
5						
6						

HORIZONTALES: 1 Plancha.—2 Mineral que atrae.—3 Hueso de la cadera. Negación.—4 Marchar. Cloruro de sodio.—5 Hurto con engaño.—6 Al revés, desocupado.

VERTICALES: 1 Vaso antiguo para aceite oloroso.—2 Arco con los siete colores.—3 De mi propiedad, n femenino. Silaba.—4 Al revés, pronombre. Alteración de soy.—5 Abucla.—6 Aro pequeño.

LA MONA

Fábula de Samaniego



Subió una mona a un nogal,
Y cogiendo una nuez verde,
En la cáscara la muerde;
Con que la supo muy mal.
Arrojóla el animal,
Y se quedó sin comer.

Así suele suceder
A quien su empresa abandona,
Porque halla, como la mona,
Al principio que vencer.

SUCEDIDO

Lord Selby se mandó construir una casa con trescientas sesenta y cinco ventanas para asomarse cada día por una de ellas. El 29 de febrero de 1920 le comunicó su mayordomo que, por desgracia, no se había previsto ventana alguna para aquel día especial del año bisiestro. Afectó de tal manera la noticia a lord Selby que se arrojó por la ventana más alta, matándose.

Solución al crucigrama núm. 8

Horizontales: 1 BABOSA.—2 A. AMOR.—3 RIO. GE.—4 AZ. CAL.—5 JACA. A.—6 ARENAR.

Verticales: 1 BARAJA.—2 A. IZAR.—3 BAO. PE.—4 OM. CAN.—5 SOGA. A.—6 AREIAR.

CURIOSIDADES



Hace años había una extraña costumbre en Corea; los varones no se cortaban nunca el pelo ni la barba porque, según esto constituía un grave desaire y falta gravísima de respeto sus padres, a quienes profesan un gran respeto.

Según las investigaciones de un sabio fisiólogo, la sangre de cuarenta y dos hombres contiene el suficiente hierro para hacer una reja de arado de diez kilos de peso.

La mayor flor del mundo se cría en Sumatra. Tiene noventa y cinco centímetros de diámetro, pesa quince libras y sus capullos como coles gigantes.

Anécdota

Mommsen, el gran historiador alemán, solía preocuparse muy poco de las pequeñas cosas de la vida.

Un día se le acercó un amigo a saludarle.

—¿Cómo está usted, mi querido maestro?

—No del todo bien, esta mañana vengo notando un cojeo, el reuma... la gota... la vejez...

El amigo no pudo resistir la risa. Desde lejos había notado que Mommsen caminaba con un pie en la calzada y otro en la acera.

Pensamientos

Ninguna de las cosas interesantes que pude hacer se debió más a la casualidad; ni ninguna de mis invenciones fué obra de azar. Los conseguí con el trabajo.

EDISON.

Las mujeres tienen gran treza para ponernos una venda en los ojos y, además, nos hacen tropezamos. — BOURGET.

El amor es una pasión que nada se somete, y a la que, el contrario, se somete todo lo demás. — CAMPOAMOR.

ROMPECABEZAS



En este dibujo hay diez errores.